Consejos para debutantes:
Yo también busqué Ornitópteras a lo largo del río Gállego

Diego Garcia Gerveno[1]

[1] c/.Rafael Gil, 11 7° C; 22003 HUESCA

Ahí donde le véis, Víctor Redondo empezó de cero. Sé que muchos estamos convencidos de que la barba, las gafas y la ya no tan incipiente calvicie le vienen de nacimiento, pero no es así. Sé de buena tinta que no: en sus comienzos fue un principiante como cualquiera de nosotros. Metió la pata hasta el fondo en múltiples ocasiones, se desesperó en muchas otras y perseveró hasta llegar a lo que es hoy, uno de los más importantes entomólogos que se ven por estas tierras aragonesas. Incluso nuestro querido presidente Daniel Grustán, antes de dedicarse a soltar rollos incomprensibles en las reuniones, fue un debutante. Básicamente, yo fui un debutante.

Hoy ya son más de diez años los que he dedicado a la entomología, y, aunque no me conoce nadie, sigo tan pardillo como cuando comencé y, por supuesto, en el más profundo anonimato. Extendía los bichos en tiras de cartón con alfileres de costura, y conocía todas las citas de mi colección de memoria, (como que no pasaban de las dos docenas). Usaba alcohol o disolvente de laca de uñas para matar las capturas y prefería los nombres vulgares a los científicos. Dibujaba un *Papilio machaon* con lápiz y, al cabo del tiempo, cuando el original había desaparecido, lo coloreaba basándome en una foto de una *Ludorphica japónica*. Para más INRI se lo enseñaba a mi profesor de Biología, que, por consiguiente, pasaba toda la noche en vela buscando alguna explicación al fenómeno, (verídico, palabra). Convencido de la universalidad de los lepidópteros, yo también busqué ornitópteras a lo largo del río Gállego. Al igual que Víctor también buscó *parnassius* a lo largo del río Ebro. Y que conste que sospecho que César Gonzalez también debió de hacer cosas parecidas. Y Daniel Grustán. Y Antonio Melic. Y ...

¿A qué viene todo esto? Pues a que los que empiezan se sienten solos navegando en un mar de dudas. Tal vez ven en las alturas a mis queridos colegas Víctor, Daniel, César o Melic o no consiguen encontrar bibliografía que les explique realmente qué hacer. No les sirve un libro que les explique que un cazamariposas se puede adquirir en cualquier tienda dedicada a la entomología, o que para realizar una genitalia (¡Dios mio! pero, ¿eso qué es?) se utiliza hidróxido de potasio al 10% dejando macerar los dos o tres últimos segmentos del insecto durante 24 horas, o que las agujas enmangadas se utilizan para extender un insecto. Ante esta avalancha de información técnica surgen miles de preguntas. Pues bien, que se tranquilicen. A la mayor parte de nosotros nunca nadie nos ha explicado nada de todo esto debido al ancestral aislamiento que los aficionados a la entomología aragonesa hemos sufrido durante demasiado tiempo. Ahora los que comienzan cuentan con algo que no tiene precio: la S.E.A. Por fin se establece una sociedad entomológica en Aragón con la fuerza suficiente para darse a conocer y para demostrar que la entomología aragonesa también existe. En mi opinión, tal vez un poco exagerada, este fenómeno es equiparable al trabajo del R.P. Longino Navás.

Entrando en materia, puedo comenzar por el principio, que suele ser lo más recomendable: la salida al campo. O la recolección en general. Porque no sólo en el campo es posible encontrar insectos, en la ciudad también se pueden hacer buenas capturas. ¿Quien no ha visto alguna vez a las dos de la madrugada al típico entomólogo a la luz de las farolas dando un paseo cazamariposas en ristre? ¿O al típico guardia municipal haciendo una prueba de alcoholemia al típico entomólogo que se pasea a hora intempestivas a la luz de las farolas cazamariposas en ristre? Pongámonos en situación y quizás logremos sacar algo en claro: ¿qué lleva encima un entomólogo?; en primer lugar un cazamariposas. Mi consejo es que no se te ocurra ir a la tienda a comprarlo. Para empezar, un palo de escoba, un aro de alambre grueso, un trozo de tela lo bastante fina y suave y medio metro de cinta aislante (y el ingrediente principal: la paciente madre o esposa que sea capaz de coser la tela con forma a algo parecido a un embudo y de unirla al aro), es más que suficiente. El resto consiste en pulir los detalles a lo largo del tiempo. En estos momentos mi red de captura consiste en un palo de bambú de algo más de un metro, un aro de aluminio y una red de una tela de la que no conozco el nombre, pero que es bastante suave (y fina, por supuesto) y que a la vez es muy resistente. La única clave para definir un buen cazamariposas es la ligereza del aparato. Y el mío en estos momentos no lo cambiaría por ninguno de los

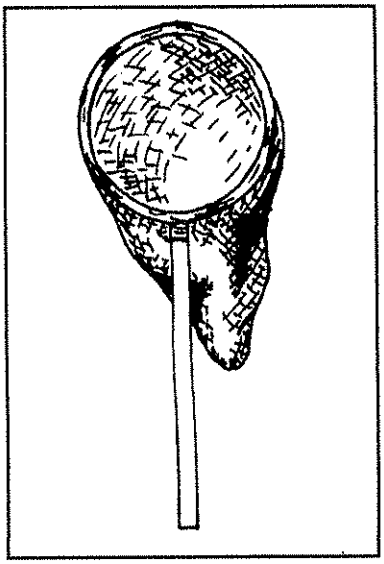
que se venden en los comercios. La complicación mayor que se le plantea al principiante es la unión entre el aro y el mango. Metáforas sexuales aparte, las soluciones son varias, adaptadas al gusto de cada cual. Yo prefiero dejar que el aro se prolonge lo sufiente en línea recta como para que se pueda sujetar al mango con unas vueltas de cinta aislante. Otros prefieren que sea desmontable, con lo que la solución es parecida, sólo que usando dos arandelas como las que se usan para ajustar un tubo de goma a una tubería rígida. En este último caso, el resultado puede ser demasiado inestable. Hay que asegurarse de que la sujección es firme, en éste último caso. Mis pruebas al respecto demuestran sin ningún género de dudas que las posibilidades de encontrar un buen bicho, intentar echarle el guante con un buen golpe de cazamariposas, y que éste salga disparado barranco abajo dejándonos con el palo en la mano aumentan claramente si el aro está mal sujeto al mango. Siempre que sea posible resulta recomendable un artefacto rígido que uno desmontable. Las dimensiones del cazamariposas son fáciles de imaginar: el mango no debe ser muy largo, salvo en casos excepcionales, (p.ej. los odonatólogos usan mangos largos que les permiten trabajar a gusto en los cauces de agua), es decir, nunca debe ser mayor a metro y medio de longitud, (entre setenta y cinco centímetros y algo más de un metro es lo ideal) y el diámetro del aro debe quedarse entre los treinta y los cuarenta centímetros, nunca menos ni más. El fondo del embudo debe ser unas dos veces y media el diámetro del aro. Ésto último tiene una explicación lógica: cuando se capture un insecto, debe cerrarse inmediatamente el cazamariposas girándolo, usando como eje el mango, un total de una vuelta. Si el fondo de la manga fuera menor de dos veces el diámetro del aro, el insecto se vería atrapado entre dos pliegues de tela, con lo que podría estropearse o incluso escapar, y si el fondo fuese mayor, revolotearía pudiendo también estropearse. La forma correcta de atrapar un insecto en vuelo es esperar a que pase a nuestro lado. Resulta lamentable vez entomólogos hechos y derechos dando brincos por el monte tras un ejemplar interesante. Los insectos son animales territoriales, y suelen volver a pasar por donde ya han pasado. Simplemente hay que tener paciencia: si se escapa, ya volverá. Si el animal se encuentra quieto posado hay que hacer dos cosas: asegurarse de que la planta donde se posa no sea una zarza o similar, en cuyo caso habrá que asustarlo ligeramente y atraparlo en vuelo, y, una vez que nos hayamos asegurado de que la integridad de nuestro cazamariposas no resultará dañada, apuntar de tal manera que la posición del insecto quede bastante dentro del aro. Cuando alcance la posición del insecto, hay que dar un ligero golpe seco al lugar donde esté posado y cerrar inmediatamente. Nunca deberemos dejar que nuestra sombra se proyecte sobre el bicho o que nos vea movernos delante de él. Los insectos ven bastante mejor de los que pensamos, y si detectan movimiento ante ellos, no dudan en escapar. Si está posado en el suelo, yo creo que la mejor técnica consiste en abatir el cazamariposas sobre él e, inmediatamente, levantar el fondo, con lo que el bicho vuela hacia arriba. Luego simplemente hay que mover lateralmente el cazamariposas y cerrarlo en el aire. Si el insecto es un *Hesperidae*, todas las técnicas anteriores son inútiles.

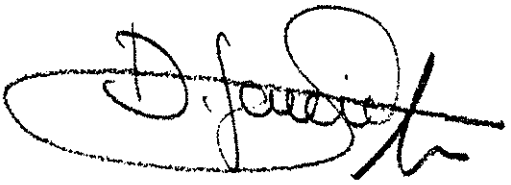
Sigamos observando a nuestro entomólogo tipo. También veremos una bolsa en bandolera llena de tarros. Esto es fundamental. Los tarros son al entomólogo lo que los carretes de fotos al fotógrafo, y nunca mejor dicho: uno de los mejores botes que podremos encontrar son los envases de plástico de los carretes de fotos. Aunque espero que a nadie se le ocurra usarlos con un insecto vivo: son herméticos. El animal muere asfixiado, genera humedad y, finalmente se pudre. Si el bote se nos olvida en algún sitio, no recomiendo a nadie que se le ocurra abrirlo pasados, por ejemplo, un par de semanas. A no ser que su olfato sea a prueba de bomba. Los mejor es llevar botes de los dos tipos: algunos herméticos, pequeños, para insectos muertos, y otros de cartón o con agujeros para que puedan mantenerse con vida los animales, por ejemplo, orugas. El tarro más importante es el del veneno. Éste sí que debe ser hermético a toda costa. En este terreno, las sugerencias se quedan cortas. Los profesionales suelen usar cianuro, cosa que no recomiendo a nadie. Yo creo que lo mejor es el acetato de etilo. Es muy fácil de encontrar y no resulta caro, ya que con un litro podemos tener suficiente para cinco o seis temporadas; además, aunque se moje el insecto, al evaporarse no deja ninguna marca, ni aplasta los pelillos que pueda tener. Yo trabajo normalmente con dípteros y resulta esencial conservar a toda costa estas quetas para identificarlos; con el acetato de etilo nunca he tenido problemas. En general un tarro de veneno suele ser un tarro de mermelada o similar (los míos son pequeños, de los de alcaparras en vinagre); resulta recomendable que tengan bastante fondo y que sea de boca ancha si se va a trabajar con lepidópteros o similares. En el fondo colocaremos algodón o alguna otra materia absorvente, como la celulosa (pañuelos de papel, por ejemplo), y verteremos algo de acetato de tal forma que quede húmedo pero nunca empapado. Luego hay que colocar una capa de un material que sea permeable, pero que preserve al insecto de mojarse. Lo mejor quizá sea otra capa de algodón ligeramente separada de la anterior o un disco de cartón que ajuste exactamente al diámetro del frasco. Yo recomiendo el disco de cartón, ya que impide que el insecto pase al nivel inferior, con lo que sacarlo sería bastante dificil, siempre y cuando no se estropease al mojarse. También suelo hacerle un agujero en el centro y forrar todo el disco de tela, con lo que consigo dos objetivos esenciales: hacer que pasen a la zona donde se encuentra el insecto suficientes vapores como para matarlo rápidamente y

facilitar la recarga del frasco con una simple jeringuilla. Por cierto, cuidado con la jeringuilla que se usa para recargar el frasco: si es de plástico debe ser ancha y debemos ser rápidos en la recarga. El acetato diluye los plásticos. La primera vez que intenté recargar en el campo un frasco por este método llevaba una jeringuilla hipodérmica y sólo conseguí al final una masa informne y retorcida con una aguja en un extremo. Por cierto, resulta recomendable, sobre todo en excursiones que puedan durar el día entero, llevar algo de acetato en un frasco aparte, para recargar el frasco si se evapora demasiado. Hay que asegurarse bien de que lo que metamos dentro salga muerto, y si se pierde contenido por evaporación al abrirlo demasiado tiempo o demasiadas veces, el bicho sólo queda atontado, con lo que vuelve a volar cuando lo soltemos al llegar a casa. ¡Cuantas veces han sufrido mis tímpanos con los gritos de mi madre que veía mi habitación invadida de tábanos!. También hay que procurar que no se acumulen demasiados bichos en el frasco, hay que irlos vaciando de vez en cuando en recipientes adecuados: botes en general, y sobres en el caso de lepidópteros, odonatos, etc. Estos últimos deben ser conservados con vida durante cierto tiempo, para que consuman las grasas que tienen en su interior y que estropean los colores del abdomen al disecarlos. En una palabra: hay que dejar que los odonatos mueran de hambre literalmente. Buscaremos también la forma de que insectos que formen parte de la misma cadena alimentaria no sean compañeros de frasco. Los trozos de insectos a medio comer no tienen gran valor como ejemplares de colección.

Bueno, con todo esto creo que ya he aburrido lo suficiente a los más expertos. Espero que gente algo más novata haya sabido apreciar la sabiduría de mis consejos. Por desgracia para unos y para otros, seguiré escribiendo sobre el tema.

Pulso con el alfiler y tengan cuidado ahí fuera...





A LOS SOCIOS DE LA S.E.A.

Con arreglo a lo previsto en los Estatutos Sociales, se abre oficialmente el plazo de presentación de **CANDIDATURAS A LA JUNTA DIRECTIVA DE LA S.E.A.**, para el período 1995-1997 y cuya elección se producirá en la Asamblea General Extraordinaria de Socios a celebrar el próximo mes de Noviembre de 1995 en fecha que será anunciada debidamente mediante convocatoria oficial.

Las Candidaturas deberán comunicarse a la S.E.A. antes del día 30 de septiembre de 1.995, al objeto de que ésta pueda hacerlas públicas previamente a la Asamblea General Extraordinaria.

Requisitos de los candidatos y candidaturas:

1) La candidatura estará formada por un mínimo de 5 personas y un máximo de 7. Figurarán, además de los datos personales de cada uno de los miembros, los cargos propuestos que, como mínimo, serán los siguientes:

a) Presidente.
b) Vicepresidente.
c) Secretario.
d) Dos vocales.

Optativamente, puede incluirse el cargo de Tesorero.

2) Todos los miembros deberán ser socios de la S.E.A.

3) No podrán ser miembros de la Junta los socios junior.